



LOS PROBLEMAS DEL CINE

POSIBILIDADES DE LA CINEMATOGRAFIA NACIONAL

Por ALBERTO EDWARDS

En este artículo supone el autor que se organice en Chile una empresa productora de películas cinematográficas, y examina sus probabilidades de éxito.

Lo hemos ilustrado con retratos de actores nacionales, y con algunas escenas plásticas elaboradas por aficionados que "jugaban a las películas".

SUPONGAMOS que un círculo de capitalistas emprendedores organizaran una Sociedad Anónima con el objeto de explotar el negocio de producir en Chile películas para el cine.

He aquí una hipótesis que habrá seguramente de despertar inmenso interés entre los numerosísimos y fanáticos admiradores que entre nosotros cuenta el arte fascinador y popular del biógrafo. Ella merece que le consagremos algunas líneas.

¿Podremos esperar que tan bella hipótesis se convierta un día en realidad? He ahí el problema.

Los organizadores de la futura empresa tendrían que plantearse en la única forma posible bajo el punto de vista práctico y comercial. No pueden limitarse a trabajar películas de exclusivo interés chileno, sino que tendrían que ir a competir en el mercado cosmopolita con las producciones análogas de los demás países en que ha surgido esta industria.

Ello parece arduo y sobrado ambicioso; pero, examinando el asunto más de cerca, hay que convenir en que o la cinematografía nacional triunfa por completo en el amplio campo del mundo, o está destinada a fracasar a lo menos financieramente.

Por de pronto, las películas chilenas tendrán que luchar, aún dentro del país, con las producciones de marcas extranjeras fabricadas para el mundo entero con el costo y los recursos de que pueden disponer empresas que cuentan para resarcir sus gastos, con las utilidades que recogen en todo el orbe civilizado. En general, el público no admitirá (por el hecho de ser nacionales) espectáculos marcadamente inferiores a los que está acostumbrado a aplaudir, y para producirlos de parecido mérito a éstos es necesario desarrollar esfuerzos e incurrir en gastos que sólo el mercado universal puede cubrir.

Es claro que la historia y las costumbres chilenas pueden proporcionar elementos al triunfo local de algunas aún-



Una escena oriental típica tomada en una moderna casa santiaguina.

que pocas películas, como ya se ha visto en la práctica; pero es esa una veta que se gasta pronto. La exhibición de costumbres y la historia no son ¡ con mucho la fuerza del cine. En esto se diferencia del teatro, que, contando como cuenta con el recurso del lenguaje, esto es con el elemento de más colorido local, triunfa de un terreno en que el cine escolla.

La pintura de las costumbres alimentó durante muchos años el llamado género chico que tuvo inmenso éxito, aún aquí en América; pero no ha sido capaz de crear ni siquiera el principio de una cinematografía española. Igual fenómeno observamos en Argentina: mientras el teatro criollo ha llevado y lleva allí vida robusta, la cinematografía ha fracasado en forma lamentable. Es que la música, las canciones y los chistes pueden variarse hasta lo infinito; pero el que ha visto un alcalde o un boticario de pueblo en las "tandas" un gaucho o una zamacueca, en la comedia criolla, apenas encontrará in-

terés en ver continuamente los mismos tipos en muchas piezas.

Però no es sólo con asuntos nacionales como podría tener éxito una empresa del género de la que suponemos. El secreto estaría en atreverse con temas de interés cosmopolita e ir a triunfar con ellas sobre las pantallas de todos los teatros del mundo.

No sé, si el patriotismo y el buen deseo me perturben; pero estoy muy lejos de considerar temerario ese propósito...

¿Quién hubiera imaginado hace pocos años el colosal éxito de los norte americanos en ese mismo terreno? Su teatro era inferior al de la mayor parte de los países europeos; sus artistas no gozaban ni con mucho de fama mundial, como los italianos y los franceses; su literatura apenas se conocía fuera de sus fronteras; su intelectualidad parecía más simple e infantil que la de los países de vieja cultura... Sin embargo, acaso esas mismas condiciones, a primera vista negativas,

contribuyeron a colocarlos en primer lugar sobre la pantalla.

Seguramente que en Chile disponemos de muchos de los elementos que poseen los americanos, y es probable que con alguna paciencia podríamos procurarnos los mismos que nos faltan o parecen faltar-nos.

Por de pronto tenemos un clima ideal para el cine, y se sabe cuan decisivo es ese factor. El centro de la cinematografía norte americana no se encuentra en Nueva York ni en Washington, en los estados más intelectuales, ricos y cultos, donde abundan las decoraciones magníficas y las más aturdidoras maravillas del arte y de la industria, sino en una región lejana, separada del centro del país por comarcas desiertas o poco menos y por muchos días de viaje costosísimo, en Los Angeles, ciudad de poco más de doscientos mil habitantes, rodeada de cerros áridos, y cuya naturaleza solo presenta esplendor donde llegan las aguas de regadío, en Califor-

nia, en fin, esto es en el país más análogo a Chile que existen en el mundo, por lo menos en cuanto a su clima.

Es que el cine exige una atmósfera luminosa, muchos días de sol, un temperamento seco y poca lluvia. Estas condiciones no se encuentran en el Oriente de los Estados Unidos y menos todavía en la Europa Occidental. Chile las posee aún en mayor grado que California.

La naturaleza, el paisaje, es otro de los factores esenciales al éxito del biógrafo. El cielo constantemente azul y la atmósfera transparente de los desiertos no han tentado a los industriales, porque en esas comarcas áridas no existe sino una naturaleza desnuda y sin variedad. Por una causa análoga los países tropicales con su vegetación exuberante pero de formas especiales, son adecuadas sino para representar escenas exóticas, y las condiciones actuales del cine exigen una decoración más plástica, más propia para figurar o evocar vistas de los países templa-



La muerte interviene...

dos, que son el centro de la civilización cosmopólita, en cuyas ideas, costumbres y problemas han de inspirarse casi la totalidad de las películas. En California y todavía más en Chile se puede sin trabajo encontrar decoraciones para una escena que se suponga desarrollarse en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Rusia, en Siberia, mejor dicho, en cualquiera parte del mundo. Ello sería imposible o casi imposible en tierra tropical.

A este respecto entre California y Chile, la ventaja está de parte nuestra. Allí no existe una cordillera que pueda compararse a los Andes. Aquí, en muy pocas horas de marcha, se encuentran (a lo menos para la fotografía) paisajes ingleses, montañas suizas, campiñas italianas, bosques tropicales, desiertos árabes, y también todo lo que existe en California, salvo las sequioas gigantescas y las maravillas de Yosemite, cosas poco utilizables en el cine. Esto es más cosmopólita y más variado que aquello.

Hay un factor de nuestro paisaje que lo afea no poco ante la visión directa; pero que lo embellece en la reproducción fotográfica. Cuantos han viajado con una cámara conocen ese secreto de muchos de sus éxitos y decepciones. Nuestra vegetación arborescente (siempre verde) aparece a la vista casi constantemente cubierta de una tenue capa de polvo que le hace perder en lozanía y frescura. Pero el verde purísimo de los trópicos y de los países húmedos de la zona templada es detestable para la fotografía, porque, siendo un color poco actínico, aparece en la placa negro o casi negro, y para proporcionarle algún relieve se necesita acudir al truc de las prolongadas exposiciones, cosa imposible en el biógrafo. En cambio los árboles y arbustos un tanto polvorientos de Chile son reproducidos por la fotografía como el ojo vé a los de los otros países, llenos de luz, de sombras, de relieves.

Igual cosa ocurre con los tonos generales del paisaje. El secreto de la naturaleza europea es el suave contraste entre el verde oscuro de los árboles y el verde claro de las praderas. Ningún espíritu observador habrá dejado de notar que ese contraste no existe para el biógrafo, cuando reproduce paisajes de Europa: todo aparece sobre la pantalla uniformemente

oscuro. En cambio, nuestras praderas agotadas y amarillentas por los calores y la sequedad del estío, se destacan en la cámara fotográfica, como el ojo vé las risueñas y frescas praderas de los países húmedos.

Allá la fotografía echa a perder al paisaje y aquí lo mejora. Una vista chilena hace el efecto que haría una vista europea, si los rayos químicos tuvieran el mismo poder relativo que los rayos ópticos. La naturaleza nos ha proporcionado gratuitamente un verdadero filtro acromático.

De lo dicho se deduce que, en materia de factores naturales, los de Chile son inmejorables para la industria del cine. Puede decirse, sin exageración que ningún país del mundo los presenta parecidos.

Pero el escenario del biógrafo, como el del teatro, no solo exige bellezas naturales, sino la huella visible del trabajo del hombre y de la civilización para que pueda representar fielmente los sitios en que se figura el argumento. Una selva virgen de la antigua Galia no evocaría ni de cerca ni de lejos a la Francia actual.

Felizmente también poseemos este factor. Existen en nuestras grandes ciudades (particularmente en Santiago y Valparaíso) barrios enteros de aspecto y magnificencia europea; muchas de nuestras residencias y parques de campo nada tienen que envidiar a los chateaux de Francia y a los sites de Inglaterra; la arquitectura sub-urbana que es la más adecuada al escenario del cine ha hecho entre nosotros progresos inmensos; el campo de algunos de los departamentos centrales se encuentra tan densamente poblado y cultivado como el de los países más viejos... y esto al lado y en contacto de la naturaleza virgen que allá ha desaparecido. Lo que puede haber de frágil y poco acabado en nuestras magnificencias arquitectónicas no se percibe en la reproducción fotográfica.

Hasta ahora las películas chilenas han sido de una señalada inferioridad técnica. Este defecto es fácil de remediar. Sobran en todo el mundo operadores hábiles y en cuanto a las ventajosas de una maquinaria adecuada y moderna y de escenarios bien iluminados, podemos aquí procurárnoslas como en los demás países. Es un detalle,

pero de importancia transcendental. La futura empresa fabricante de películas no debe desdenarlo.

El problema del material humano (acaso el más importante de todos) presenta múltiples aspectos.

En el arte eminentemente visual del cine, la belleza física de los actores, aún la belleza en el malvado, es un factor decisivo del éxito. Hay quienes le atribuyen en gran parte el de la cinematografía americana. La mujer francesa, espiritual y graciosa, pero por lo general físicamente mediocre, ha sido vencida sobre la pantalla por las lindas ingenuas yankees.

Ahora bien, no hay que hacerse ilusiones; tomada en su conjunto, nuestra raza no es hermosa. Fuertemente teñida de sangre indígena en las clases inferiores y aún en parte de las medias, su aspecto es más asiático que europeo. La futura empresa cinematográfica chilena no podrá presentar en sus pantallas multitudes interesantes para otros ojos que los chilenos.

Es cierto que la belleza de nuestras mujeres vale tanto o más que su fama; pero es la belleza de una clase social, la más elevada, la única que ha conservado su sangre más o menos pura. En Chile, salvo raras excepciones, el aspecto de un individuo dice algo de su rango, lo que no ocurre en Europa.

En virtud del principio de las selecciones naturales, esas gentes de raza blanca han subido y se conservan en la superficie. Los rotos afirman que los extranje-

ros prosperan rápidamente porque "trabajan con piedra imán". La verdad es que trabajan con superiores aptitudes, que su triunfo es el de las ventajas étnicas.

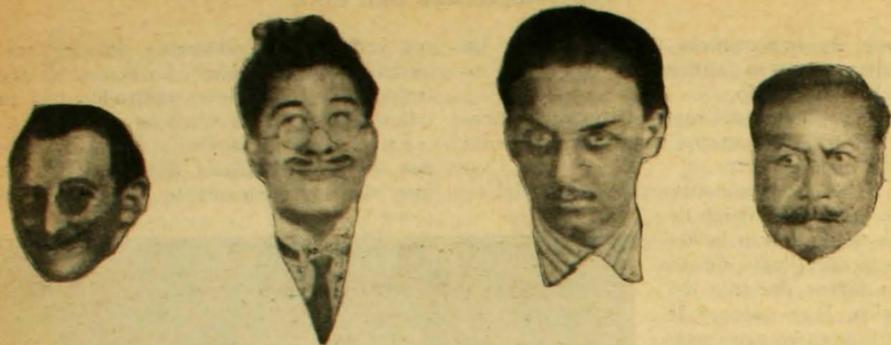
En el Club de la Unión y en los salones de la aristocracia domina una raza muy diversa (físicamente a lo menos) a



Un buen burgués que se improvisa actor de biógrafo.

la que pulula en las cocineras de la calle de San Pablo. Ninguna ley, ningún privilegio escrito lo ha dispuesto así: ello es obra de la naturaleza de las cosas.

Por eso, la inferioridad plástica de nuestro pueblo no es un obstáculo serio para el éxito de la cinematografía nacional. Las masas, las multitudes, figuran raras veces sobre la pantalla, y no es difícil seleccio-



narlas. En cambio abundan entre nosotros los tipos bellos, no sólo como hemos dicho en la aristocracia sino también en las clases medias las cuales naturalmente proporcionarán el mayor número de reclutas a los empresarios del cine.

El tipo de mujer ingenua, de lindos ojos, facciones finas y cuerpo delicado y gracioso, que parece ser el favorito del público en el biógrafo, abunda proporcionalmente en Chile casi tanto como en los Estados Unidos (salvo se entiende en el bajo pueblo). No nos faltan tampoco en la clase media, cada día más mezclada de elementos europeos no españoles, tipos de belleza varonil. Además las visciditudes sociales y económicas van multiplicando los casos de familias aristocráticas que

han descendido de su antiguo nivel sin perder sus características físicas de raza.

La educación, los modales, el buen gusto de la clase media dejan algo y mucho que desear en Chile; pero estos detalles los aprenden (sobre todo las mujeres) con mayor facilidad de lo que al principio pudiera imaginarse. Esta es la tarea del director de escena y no está por cierto al alcance de cualquier patán.

Debe buscarse a un gran señor verdadero para este destino.

Nada más ridículo en el teatro o en el cine, que el pobre diablo que quiere hacer de aristócrata sobre la escena, sin tener idea cabal de como es ello. Imaginan que con presentarse con imperio, lan-



Las actitudes dramáticas no son un escollo demasiado rudo.



Tipos chilenos, filmables.

zando grandes bocanadas de humo y fingiendo actitudes hieráticas y pomposas están al cabo de la calle. El gusto en el arreglo de las habitaciones y en la arquitectura escasea también en Chile (aún en la aristocracia de más campanillas). Tampoco es posible olvidar este detalle.

Por desgracia en ningún punto es más ciega la vanidad humana. Nadie se imagina a sí mismo grotesco y cursi. He allí pues un escollo y serio para la cinematografía nacional como ya se ha visto en algunos de los ensayos que conocemos.

Respecto de las aptitudes de los chilenos como actores, habremos de confesar

que es un enigma que sólo el tiempo y la experiencia podrán resolver.

No basta el antecedente de nuestro innegable fracaso en el teatro. Se trata de dos artes gemelos pero diverso, como lo demuestra el caso ya citado de los norteamericanos.

Debe notarse, en primer lugar, que en el cine no tiene importancia alguna el elemento de la dicción, indispensable al éxito de la escena hablada, sobre todo en el verboso y declamador teatro español. Nuestra pronunciación imperfecta, descuidada y lánguida ha sido sin duda el mayor de los escollos con que han tropezado las mu-





chas tentativas de nacionalización del teatro que hemos visto fracasar... Ese escollo no existe en el cine; sin embargo, nuestra ineptitud manifiesta para una de esas artes, no prueba ni con mucho nuestra aptitud para el otro.

Existe con todo un síntoma favorable, que sería decisivo, si pudiéramos asegurar que se trata de un fenómeno peculiar a Chile o más acentuado aquí que en otros países. Así como los triunfos de la escena teatral no sedujeron jamás a los chilenos, la pantalla les atrae en forma casi inverosímil. De cien señoritas de la clase media noventa y nueve desean con delirio ser artistas del cine.

¡Hay vocación!

Algunos sonreirán, creyendo que ello no basta... Se equivocan. No hay error más común ni más craso (sobre todo entre los intelectuales) que el de imaginar que los grandes triunfos, tanto en la política como en las letras, en el arte como en los negocios, se deben principalmente a facultades nativas excepcionales del orden cerebral. El primer factor de la

vida es la voluntad. En arte, la vocación lo hace todo o casi todo. La historia de Demóstenes el tartamudo que llegó a ser el primer orador de la Grecia, es muy vieja pero se repetirá mientras exista el mundo. En el siglo último la hemos visto reproducirse en Sarah Bernardt y en Disraeli... Léase el libro de Smiles sobre el carácter... Allí sobran ejemplos.

Si se comparan las grotescas películas norte-americanas de la primera época con las de hoy se creería que las unas y las otras son obra de diversos pueblos, muy desigualmente dotados. Ese aparente milagro es de la voluntad; porque ésta nunca falta en los Estados Unidos sobre todo cuando hay dinero por ganar.

La vocación, como el ansia del lucro, también cura y fortifica los caracteres.

Hay otra circunstancia favorable. La complicación psicológica del teatro moderno encuentra difícilmente intérpretes en estos pueblos nuevos de alma más simple. Esta dificultad no existe para el biógrafo, donde al contrario, se convierte en una ventaja.

Sarah Bernardt la gran actriz francesa vale menos sobre la pantalla que Mary Pickford o cualquiera de esas candorosas adolescentes norteamericanas que apenas saben sino mirar, sonreír e interpretar el amor sin dobleces ni laberintos de los idilios de antaño...



Pero llegamos al grande, al supremo escollo, al que ha condenado al cine español de la península a un irremediable fracaso. En los propios Estados Unidos, en la tierra más faltaseadora e imaginativa del mundo, se ha producida ya, según se dice, la crisis del plot, la falta de argumentos capaces de despertar un interés nuevo en los auditorios del mundo ávido de las emociones de la fantasía.

¿Tenemos o no imaginación? He aquí el problema. Dilucidarlo sería asunto largo y embrollado...

Por de pronto el público chileno prefiere la literatura y el teatro imaginativos. De ello no cabe duda. Las producciones descriptivas y coloreadas de los ingenios españoles, son aquí admiradas verbalmente por muchos, pero leídas por pocos... Aburren y fatigan... Sirven a los intelectuales para conciliar el sueño o aprender gramática.

Existe el caso de un gran literato ibérico que ha hecho su fama con obras de arte realistas, y su fortuna editando inverosímiles novelones de aventuras traducidos del inglés.

Nuestra escasa literatura nacional cuando ha sido espontánea y libre de la influencia artificiosa de las convenciones sujeridas en el colegio, esto es cuando no ha sido española ni francesa, tuvo una tendencia imaginativa muy marcada.



Un yankee... de Perquenco?

No debe juzgarse de este problema por los rumbos actuales de la juventud que presume de intelectual, porque en ella apenas subsiste algún rasgo chileno, algo que no sea artificial y aprendido; acaso es extravagante y revolucionaria en arte, porque su temperamento no simpatiza con los rumbos y modelos que quisieron imponerle. Busca otra cosa y es natural que en su inesperienza se estravie.

Pero hace cuarenta años, cuando la erudición a la violeta y la enseñanza pseudo clásica no había aún prodigado sus estragos, surgió espontaneamente en Chile una literatura altamente imaginativa, algunas de cuyas obras de gran éxito en su tiempo, hacen recordar y de cerca las mejores de la literatura melodramática de otros países y se leen hasta hoy con interés palpante.

Hace poco más de un año recomendé a un amigo, hombre de talento, buen conocedor del biógrafo, y que ha demostrado él mismo facultades de imaginación nada vulgares, que leyera una de esas novelas agregándole que ella podría servir de tema para una película.

Dos días después vino a verme entusiasmado.

—Los norte-americanos no han producido,— me dijo,— nada mejor; no hay só-



lo aquí el tema para una película: la película está hecha.

Como ese libro olvidado hay otros muchos.

—¿Y por qué no se ensaya usted,— le dije—, en la novela imaginativa y de aventuras?

El se puso a reír de buena gana. Aquello le pareció el colmo del absurdo, lo que nunca se le hubiera ocurrido. ¡Proponerle semejante cosa a un hombre serio!

Pero el hecho es que ha escrito varias y todas nuevas e interesantes, aunque siempre ha tomado esta tarea un poco a la broma. Se le conoce hoy en las páginas de esta Revista con el nombre, ya popular, de don Diego de Zamora.

Tales son las ideas que al volar de la pluma me ha sugerido la hipótesis de la próxima creación de la cinematografía chilena.

